

M R
Gnero 69

A-66

CORREO POLITICO Y LITERARIO



DE XEREZ DE LA FRONTERA,

DEL MIERCOLES 21 DE FEBRERO DE 1810.

NOTICIAS EXTRANJERAS.

GRAN BRETAÑA.

Lóndres 11 de enero.

Los ciudadanos de Lóndres han celebrado una junta ayer en la sala de la casa de ayuntamiento para oír la relacion del lord Corregidor, y de los Sherifes relativamente á la representacion al Rey, votada anteriormente por estos ciudadanos.

A las dos de la tarde entraron en la sala el lord Corregidor y los Sherifes: habiendo ocupado S. S. su puesto acostumbrado, expuso los motivos de la reunion, y pidió que en la discusion siguiente, la junta tuviese á bien oír á todo *gentleman* que quisiese hablar, sin preocupacion, con tranquilidad é imparcialidad. Esta proposicion fué muy aplaudida.

El secretario leyó despues el informe de los Sherifes del qual resulta, que el *Remembrer* se presentó en la

Ayuntamiento de Madrid

oficina de la secretaría dé estado para anunciar , que contaba presentar la representacion de los ciudadanos el primer dia que el Rey diese audiencia. Al dia siguiente recibió por respuesta , que debia dexar la representacion en la oficina del secretario de Estado , quien la presentaria al Rey , como se hacia con todas las representaciones , á excepcion de las de las dos universidades , y del cuerpo municipal de Lóndres. Llegado el dia de la audiencia , el lord Corregidor dixo al secretario de Estado que el llevaba consigo la representacion , y que iba á entregársela á S. M. ; pero el secretario de Estado le dixo , que erá mejor que se la entregase á él mismo , y que escusaria al lord Corregidor toda molestia ulterior. Su señoría replicó que no podia consentir en entregar la representacion á nadie , sino al Rey en persona , y que los Sherifes , y el mismo deseaban presentársela al Rey del modo que menos le incomodase. El secretario dijo , que ya se habia manifestado la voluntad del Rey , relativamente al modo de presentar esta representacion. El Sr. Sherife Word pidió entonces una audiencia de S. M. ; pero el secretario de Estado le respondió que no se podia conceder una audiencia sino por una causa determinada , y que no se podia pedir una á S. M. por un objeto sobre el qual habia ya manifestado su voluntad. Este es el informe sobre cuya recepcion se convocó esta junta.

Leida esta relacion , M. Favell se levantó en medio de los aplausos y dixo : „ la señal mas cierta que distingue un gobierno libre del despotismo , es la libre comunicacion de los súbditos con el Soberano , y un acceso facil y expedito hasta el trono. Este es el derecho para cuya conservacion nos hemos reunido hoy , derecho sin el qual nuestra constitucion no se distinguiria de un estado despótico. Todo amigo de su pais debe desear ver establecido el derecho de peticion ; todo amigo del Rey debe ser del mismo dictámen ; y solo aquel es verdadero amigo de su pais y fiel súbdito del Rey , que desea librar á uno y á otro de

consejos perversos y peligrosos. Los malos ciudadanos levantarán la voz contra esta doctrina, y los malos ministros procurarán aun mas naturalmente eludir la pesquisa de su conducta. Estos se atrincherarán detras del trono, y representarán á los que estén descontentos de su manejo, y que se atrevan á hablar francamente, como enemigos del gobierno y del órden establecido. Pero, pregunto, ¿es ser enemigo del pais y del gobierno el compadecerse de la suerte de los hombres valerosos, cuya sangre ha sido derramada con tanta crueldad é inutilidad? ¿Hombres que se han presentado siempre al frente para defender los intereses de su pais, y que jamas han abandonado ni deshonrado sus estandartes?

El que sabe sentir y expresar este afecto de compasion, es el mejor amigo de la Constitucion. Quando uso de la palabra Constitucion, no la tomo en el sentido de aquellos que la aman porque viven de sus abusos, y estan siempre prontos á levantar el grito contra los que quisieran restablecerla en su pureza primitiva. Semejantes hombres son los verdaderos amigos de la Constitucion. ¿Se hubieran ellos opuesto al tributo sobre los navios? ¿Hubieran colocado al Rey Guillermo sobre el trono? ¿Hubieran peleado por la sucesion Hanoveriana? ¿Hubieran deramado su sangre en un cadahalso como Sidney y Russel?

Voy ahora á leeros algunas de las resoluciones que propongo; pero antes de empezar, deseo excusar á vosotros y á mí una molestia inutil, preguntandoos ántes de todo, si deseais que vuestra representacion sea presentada, como es costumbre, por los Sherifes é impresa en los papeles públicos, ó si quereis que se remita á la oficina del Secretario de Estado.

Esta última proposicion fue desechada al punto con unanimidad. Mr. Favell dixo luego, que leeria solamente las resoluciones que creia necesarias, y que estaba seguro de que serian apoyadas por todos los que profesan los principios en virtud de los cuales la familia de S. M. fué

4
colocada en el trono. Despues leyó Mr. Favell sus resoluciones.

Mr Jones se levantó para apoyar las resoluciones presentadas. „El vecindario de Londres, dixo, ha tenido siempre el derecho de presentar sus peticiones al Rey sobre su trono; sin embargo, en los últimos tiempos este derecho ha sido descuidado, y las peticiones del vecindario han sido en general presentada en los días de audiencia, y ahora éste mismo derecho se ha hecho un objeto de discusion. No puedo menos de declarar que creo que no hay cosa mas perjudicial que el renunciar un derecho en cualesquiera circunstancias. Si actualmente consentis en esta resistencia, y permitis que vuestra representacion sea enviada al Secretario de Estado para que la entrégue á S. M. es muy probable que el Rey jamas vea una sílaba sobre este asunto. Los ministros no deberian oponerse á las representaciones del pueblo; si han procedido con rectitud, nada tienen que temer de la expresion de la opinion pública; si han obrado de otra manera, es por lo menos muy justo que se advierta á S. M. sobre su incapacidad, y que quede libre de las desgracias que podian resultar de su administracion. Acabais de oir que los subditos mas fieles son aquellos que quieren alejar del trono á los malos consejeros: esta es una observacion muy juiciosa, y no necesita de comento, pues estoy seguro de que no hay aqui ninguno que no esté convencido de su verdad.»

(*Se continuará.*)

Xerez de la frontera 19 de febrero.

La siguiente carta pastoral nos ha parecido la mas propia para que los eclesiásticos y todos los fieles catolicos se penetren de las sublimes verdades de nuestra augusta religion, relativamente á las circunstancias en que nos hallamos. Este lenguaje de paz, de obediencia á las legítimas potestades, y de caridad es bien distinto del que han usa-

do los enemigos de la pátria, abusando del pretexto de nuestra santa religion para sus fines perversos de ambicion y violencias; pero es el lenguaje de los que están penetrados del espíritu del evangelio, y de los principios establecidos por los Apóstoles, Santos Padres, y por la iglesia para casos semejantes. Esperamos que leida con el espíritu que la ha dictado, producirá los saludables efectos que se ha propuesto este piadoso y respetable Prelado.

Carta del Ilustrísimo Señor Obispo de Lycopolis, Auxiliar y Gobernador de este Arzobispado de Sevilla á los Vicarios, Curas y Clero de toda la Diócesis en ausencia de su Prelado.

Amados hermanos en Jesu cristo: sobre mis débiles fuerzas ha sido servida la Providencia del Señor descargar por ahora el cuidado y régimen eclesiástico de vuestra Diócesis. Un respetuoso mandato del Señor Cardenal nuestro Prelado fué suficiente para obligarme á recibir sobre mí su representacion en unos dias tan críticos como los que habeis visto y conoceis. Otra insinuacion suya y mis propias reflexiones me determinaron á salir de esta Capital amenazada, para no perderos de vista en las necesidades espirituales en un caso que podia temerse; y finalmente las ocurrencias benignas, y consoladoras de vuestras feligresías vinieron despues, me conduxeron otra vez á este digno pueblo y lugar de la Silla Arzobispal, con el fin de constituirme el primer obediente á las legítimas autoridades, y de poder por este medio, con el auxilio de Dios, ser tambien el primer mediador con nuestro Catolico Monarca y sus Señores Ministros, en vuestro beneficio que es el mismo de todos los fieles diocesanos.

Yo he visto á mi regreso vuestro distinto semblante, y el de los pobres vecinos de los pueblos por donde he pasado, del que observaba en mi retirada de esta ciudad. Aquel sumo silencio, desconsuelo y llanto, se mitigaron brevemente, y cambiaron en bastante consuelo y calma, y aun

en expresiones con que algunos de vuestros compañeros eclesiásticos, y otras personas sencillas me confortaron varias veces.

Pues sabed que esta es la mano secreta del Altísimo, de aquel Dios inefable todo poderoso, á quien adoramos, y de quien somos su pueblo,

Si, amados eclesiásticos: sabeis muy bien quantos años de guerra y de otras calamidades igualmente desoladoras han desfigurado nuestro hermosísimo suelo y pais, y yo no ignoro que solamente una vicisitud tan larga de desgracias era capaz de amancillar, en tal grado, á estas campiñas y sus piadosos pueblos.

Tambien sabemos todos quanto hemos clamado al Señor por el remedio de tantos males, y que S. M. nos ha dispensado sus misericordias, concediendonos algunos momentos, ó intermedios de alivio, venidos visiblemente á nosotros por la providencia del cielo, y no por la de los hombres: tuvimos peste y hambre, y el Señor solo detuvo aquel azote, y nos dió de comer.

Cargó sobre nosotros esta nueva guerra sin culpa nuestra (es verdad) ; pero qué sabemos, hermanos míos, si la multitud de otras culpas ha desprendido de los designios del Altísimo esta calamidad mas, para mejorarnos, á lo ménos alla en el secreto de nuestro corazon?

Este bien, este desengaño de nuestra mente y de nuestra vida espiritual é inmortal, debe ser nuestro principal anhelo y consuelo, mas no por esto nos es prohibido el buscar en los recursos de la razon, el pan que pedimos cada dia para las madres y para las hijas, para los buenos y para los malos.

Y veis aquí como en lo mas denso de esta nube amenazadora de la guerra, triunfó la razon é hizo conocer á vuestra capital, Sevilla, que debía franquear sus puertas á un caudillo benigno, á un Rey victorioso, mas bien que oponerlas, (acaso sin fruto) á sus soldados que por ventura obrarian con nosotros mismos una entera desolacion

de nuestros campos y de nuestro pan.

Entró de paz en nuestra Capital el Señor Rey Don José Napoleon, y fué recibido y jurado por nuestro Soberano por todos los cuerpos principales de ella.

Nos ha prometido y promete á todos paz y benignidad é indulto general, que se anunció inmediatamente delante del santo altar, y á mis cortas luces ha parecido claramente asomarse por su real semblante un corazon muy pacífico y sensible.

Esta última fué una prenda tan característica de la Francia como de la España en paz y en guerra en los tiempos pasados: el cielo hará que no se desnuden de ella, y que en medio de unos sucesos tan asombrosos como los que hemos visto, logre el pueblo escogido la deseada tranquilidad en todo, y nuestra santa iglesia su protector.

Por pruebas de estas esperanzas puedo aseguraros con har-to consuelo de mi alma, haber recibido tanto de la boca del mismo Soberano como de la de sus Señores Ministros expresiones las mas benéficas y piadosas hácia la tranquilidad y seguridad de todas las religiosas de esta ciudad y reyno, y miramiento que se guardará á sus casas; como igualmente en quanto al favor que se desea dispensar á los religiosos de mérito, con otros puntos de mucha piedad.

Otra prueba es el desear S. M. y exígir por tanto sus autoridades que vosotros y yo, como revestidos por nuestro carácter del cingulo de la verdadera compasion y mansedumbre evangélica, emprendamos, y emprendais desde luego todos y cada uno en vuestros distritos, la buena obra de minorar las desgracias dirigiendo nuestro palabra, como es justo, al santo fin de evitarlas todas hasta conseguirlo.

Clamad, pues, á vuestros feligreses: usad con ellos de la pastoral solicitud, anunciadles la dulce tranquilidad y las ventajas de ésta sobre toda otra operacion que pueda multiplicarles sus pérdidas y aflicciones.

Decid y enseñad á todos la obligacion que nos impuso el supremo Hacedor de obedecer á las potestades, y estando

preparados para sufrir por el bien espiritual y temporal de los fieles qualquiera género de tribulacion, incomodidad y desvelo, postremonos mediadores entre Dios y el pueblo: lloremos continuamente entre el vestíbulo y el altar por su salud, y esperemos con la mayor confianza que tendremos en nuestro Rey y Señor el Señor Don José Napoleon un amoroso padre.

Dada en Sevilla á 12 de febrero de 1810 = Manuel Cayetano, Obispo Gobernador.

Este Periódico se halla de venta en la librería de D. Antonio Portillo, calle Algarbe.